

¿Quién habla?



MARÍA LUISA PUGA

Tengo veintiséis años y no sé qué hacer con mi vida. Más bien sí sé, pero no tengo dinero ni para empezar. He hecho mucho, pero poco rato porque el dinero que consigo (que le saco a mis papás) se me acaba pronto y cada vez les saco menos.

Quiero vivir en el mar, en la montaña, en la ciudad. En el desierto, en la nieve. En Estados Unidos no. En cualquier parte de la naturaleza de México. En mi casa, si mis papás no se hubieran divorciado. Si no se hubieran gritado tanto. Si no me hubieran gritado tanto a mí, que porque no estudiaba, que porque fumo mota. Porque vendía todo lo que me regalaban para comprar marihuana, peyote, cocaína, tiempo, espacio para estar bien, sin nadie que me dijera tienes que hacer esto, lo otro.

No voy a enumerar todo lo que me exigen.

Perdón, ¿con quién hablo?

Lo que me exigen es lo de siempre y es aburrido.

Veo la vida de los demás y sé que ninguna de esas es la mía. A veces algún amigo o amiga me incita: plantas ornamentales *bon sai*, un barco pesquero en Alaska, joyería de alta calidad, pescar, *seguir estudiando* (terminé la prepa), turismo, mecánica, trabajar con niños... todo lo he hecho un rato. Es demasiado trabajo y muy poco dinero siempre. Cuando siento que es la puerta por la que voy a entrar y ya se van a quedar sin probar otras puertas, me hago para atrás. Ésta no es mi vida, me digo, y me quito. No es por ahí.

Mi madre me ha corrido, mi padre también. Incluso mi hermana y su marido, pero hasta ahora nunca me han dejado en la calle calle. En la calle, eso sí. O debería decir: eso siempre.

Los culpo de mi extrema pobreza. Ellos no viven ni vivieron jamás como yo. Ellos fueron del escalón uno, al dos, al tres. Sufrieron, todos, todos sufren, eso es lo único que les importa: cómo sufren. Cómo los hago sufrir yo.

Yo no sentí nunca que hubiera escalones. Que hubiera que subir o bajar. Yo, hasta donde puedo acordarme, aparecí en un espacio abierto. Estaban mi hermana, la voz de mi papá, la de mi mamá. Y de pronto, no sé en qué momento ni por qué, me di cuenta: me estaban viendo. Los tres. Fue cuando me quedé en la calle.

Me cansa hablar de esto. No me soluciona el problema urgente que tengo. No me calma siquiera. Lo hago porque no tengo nada más que hacer, tumbado en la punta de un cerro de cualquier parte, mirando el cielo y fumando mota. ¿O estoy en una hamaca en un pueblo caluroso en donde, para llegar al mar, tengo que caminar y me da flojera?

¿Tengo hambre? Hambre hambre, no. ¿O sí? A lo mejor tengo hambre. Hay mermelada y queso. Creo que pan. Pero tengo hambre de comida de a de veras. Sólo que qué flojera.

¿Quién soy? Yo, soy yo. ¿Quién más iba a ser? Hace veintiséis años que estoy en el mundo. Es mucho. Cuando imagino a alguien veintiséis años mayor que yo me cuesta verlo. Cincuenta y dos años en el mundo. Tanto tiempo. ¿No se aburren? Con dinero a lo mejor no... pero hasta con dinero. ¿Quién quiere estar cincuenta y dos años en el mismo lugar?

Ah, si pudiera moverme como yo quisiera. Pero no tengo dinero. Nunca voy a tener. Sólo el poquito que voy logrando sacarles. No alcanza para nada.

¿Con quién hablo, perdón? ♦